

Colección Ariel

N.º 18

PRECIOS :

- El número suelto 10 cénts.
- La serie de cinco números.. 50 »
- La serie de diez números... 1 colón
- El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA
DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	Pág.
RUDOLPH BAUMBACH	
✓ <i>Los diablos en las praderas del cielo</i>	3
<i>El árbol de oro</i>	6
ROBERTO BRENES MESÉN	
<i>Cerca y distante</i>	11
<i>El árbol poeta</i>	13
LEOPOLDO LUGONES	
<i>Viola Acherontia</i>	14
<i>Las fuerzas extrañas</i>	21 ✓
JUAN R. JIMÉNEZ	
<i>De los Jardines Lejanos</i>	27 ✓
LEÓN TOLSTOI	
<i>La honrosa mayoría es agricultora</i>	29 ✓
VÍCTOR M. LONDOÑO	
<i>Es necesario trabajar y crear con alegría</i>	29

Marzo

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

PUBLICACIONES RECIBIDAS

- L' Università Popolare*.—Año VII. Nos. 19 á 24. Año VIII. Nos. 1 y 2. Es una revista quincenal muy importante editada en Milán, bajo la dirección del distinguido abogado Luis Molinari, y con la ayuda de profesores italianos y de escritores como Kropotkin, Ardigó, Rapsardi etc. *L' Università Popolare* se propone difundir la cultura científica y literaria entre las clases trabajadoras. Publica verso, drama, novela é informaciones de higiene, de historia, antropología, religión, literatura. Este es el lema que lleva en la cubierta: *La Verità ci fara liberi*. (*La Verdad nos libertará*).
- Freedom*.—Vol. XXI. Nos. 223, 224, 225, London. 1907. Periódico mensual de comunismo anarquista publicado por Mr. Keell. Registra artículos muy interesantes, de los cuales traduciremos más tarde los párrafos que sean más oportunos. En los números recibidos señalamos los artículos *Anarchism and Syndicalism* de E. Malatesta, *The basis of Trade Unions* de E. Pouget, *Anarchism* de C. Wilson. Trae también una sección importante: El social movimiento contemporáneo de algunos países.
- Humanidad Nueva*. — Año I. N^o 10. Valencia, España. Revista pedagógica ilustrada, órgano de la Escuela Moderna de Valencia. Trabaja en pro de la enseñanza racionalista.
- Boletín de la Escuela Moderna*.—Año V. N^o 10. Barcelona. Tiene los mismos ideales de la anterior.
- El Domingo*.—Con este título está publicando Froilán Turcios en la ciudad de Guatemala, un buen semanario de Variedades (literatura, ciencias, informaciones industriales etc.) La selección literaria está hecha con bastante gusto. Hemos recibido once números (1 á 11).
- Albores*.—Revista literaria de Manizales (Colombia). Nos. 7 y 8. Año I.
- O Pensamento*. — Revista de psiquismo, publicada en San Paulo, Brasil. Año I. N^o 1.

COLECCIÓN ARIEL

Nº 18

RINCÓN DE LOS NIÑOS (*)

RUDOLPH BAUMBACH

Nació el 28 de setiembre del año 1842 en Kranichfeld de Thuringia. Hizo sus estudios en las universidades de Würzburg, Fríburg, Leipzig y Heidelberg. Fué por mucho tiempo catedrático de Filosofía; se dedicó á la Historia Natural y con especialidad á la Botánica. Sus obras principales son: *Zlazog, Lieder eines Fohrenden Gesellen, Sommermärchen y Trug-Gold.*

✓ Los diablos en las praderas del cielo

Como todo el mundo sabe, todos los niños buenos que se mueren van al cielo para formar los coros de ángeles. Pero quien crea que allá no tienen otra cosa que hacer que jugar, dar volteretas y esconderse detrás de las nubes, cuán equivocado están. Los niños-ángeles son ni más ni menos que los muchachos y las muchachas en la tierra y deben ir á la escuela durante los días de la semana y tienen sus clases por dos horas diarias. Allí aprenden á escribir en pizarras de plata con pizarrines de oro y en lugar de los libros con A.

(*) Con este título general, publicaremos de cuando en cuando cuentecitos y recitaciones para niños. Los padres de familia y maestros de escuela deben leérselos á los niños y explicárselos de modo que comprendan las bellezas ó las enseñanzas que encierran. La primera serie de esta clase de composiciones está comprendida en los números 8 y 9 de ARIEL.

B. C., tienen libros de fábulas y leyendas ilustradas en muy bonitos colores. Geografía no tienen que estudiar, pues de que les serviría el conocimiento de la tierra allá donde todo es infinito. El maestro de los ángeles es el doctor Fausto. Este señor fué un maestro en nuestro planeta, pero á causa de cierta historia galante, fué condenado á dar clases en las escuelas del cielo durante tres mil años, antes de que pueda tener vacaciones para siempre. Todos los miércoles y sábados por la tarde se les concede asueto, y es entonces cuando el doctor Fausto los lleva á pasearse por la vía láctea. Los domingos se les permite franquear las puertas del cielo para que corran y salten por las praderas, lo que los vuelve locos de contento con solo pensarlo durante los días de trabajo de la semana. Como se comprende, allá la campiña no es verde, si no que es azul y está sembrada de miles de millares de flores doradas y plateadas. Durante la noche brillan mucho y nosotros los mortales las conocemos con el nombre de estrellas.

Cuando los angelitos traspasan los umbrales del cielo, el doctor Fausto no los acompaña, porque es muy justo que descanse los domingos del trabajo de la semana. La inspección le corresponde entonces á San Pedro, portero del cielo. Este buen santo se encarga de vigilar para que los niños-ángeles jueguen con orden y decencia y para que no se alejen demasiado y se extravíen en los recodos y cuando por casualidad acontece que uno de ellos se aleja demasiado de la puerta del cielo, silba en una llave de oro, lo cual significa: *Media vuelta y adentro!*

Una vez que hacía mucho calor en el cielo, San Pedro se durmió. Como lo notaran los angelitos, se aprovecharon de la ocasión para correr de aquí para allá hasta perderse en la gran pradera azul. Los más osados se pusieron á correr en busca de aventuras y fué de ese modo como llegaron hasta el límite, en donde encontraron que las fronteras que separan el cielo de nuestra madre tierra estaban formadas de unas gruesas y altas tablas de

madera. Llegados aquí buscaron á ver si en alguna parte se encontraba un portillo por el cual pudieran pasarse, pero convencidos de que no existía ninguno, se subieron á los muros para ver que era lo que había del otro lado.

Pero, al otro lado, lo que existía era el infierno y dá la casualidad que en ese momento danzaba una multitud de diablillos delante de la puerta. Los diablillos eran negros como el carbón, tenían cuernos en la cabeza y pequeñas colas. De repente uno de ellos miró hacia arriba y vieron entonces á los ángeles y les suplicaron á éstos que les permitieran entrar al cielo por un momento, prometiéndoles al mismo tiempo, que estarían con mucha decencia y buenos portes.

Esto enterneció á los angelitos y como les gustaban los negrillos, acordaron concederles este pepueño placer á los pobres diablejos. Uno de estos sabía donde se encontraba la escala de Jacob; por ella subieron brincando como monos, hasta la muralla de madera, también la treparon, y ayudados por los ángeles que les tendían las manos, de un salto se dejaban caer en las praderas del cielo. (Por dicha para ellos que el bueno de San Pedro aún continuaba durmiendo).

Al principio se portaron muy bien. Según la etiqueta del infierno que les tenía enseñada la abuela del diablo, caminaban despacio y con la cola colgada graciosamente del brazo izquierdo. Pero muy poco duró esta seriedad, porque pronto comenzaron á dar vueltas, brincos y saltos y todo esto acompañado de gritos y aullidos infernales, como verdaderos diablos que eran. Y no paró en solo esto; á la blanca y pálida luna que se asomó sorprendida por una de las ventanas del cielo, la ridiculizaron á su gusto sacándole la lengua, llamándola vieja narigona y por último se pusieron á arrancar, á manos llenas, todas las flores de la pradera para arrojarlas hacia la tierra.

Al ver esto, á los ángeles le dió mucho miedo y ahora se arrepentían amargamente de haberles permitido la entrada al cielo á huéspedes tan malos y por más que les rogaban que se fueran para

el infierno, los diablillos no hacían ningún caso á las súplicas, antes bien daban volteretas y vueltas en una ronda vertiginosa, verdaderamente infernal.

Entonces los angelitos despertaron á San Pedro para contarle todos llenos de humildad lo que habían hecho. El santo estendió ambas manos sobre las cabezas y con voz de trueno gritó: *Adentro!* Y era digno de ver, cómo los pobrecitos ángeles, con las alas caídas, corrían para las puertas del cielo. Después llamó á dos ángeles adultos con espadas de fuego, para que espantaran y condujeran á los diablillos negros, allí, donde ellos merecen estar por malos. Pero no se crea que los angelitos se quedaron sin su correspondiente castigo. Por tres domingos se le prohibió salir á paseo; y si alguno se atrevió á hacerlo, tenía que quitarse las alas y el nimbo de oro, y para los ángeles es una gran vergüenza tener que caminar sin alas y sin nimbo.

Algo bueno, sinembargo, resultó de todo lo ocurrido. Las flores arrancadas por los diablos y que éstos arrojaron á la tierra, echaron raíces y se multiplicaron año por año. Estas flores son las que llamamos *margaritas*, y aunque naturalmente la margarita perdió mucho de su celestial belleza, siempre es muy agradable á los ojos contemplar sus finos estambres de oro y las hojas blancas y plateadas de su corola. Y justamente, por ser de origen divino se le atribuye un don especial. Cuando una joven desea saber si sus ansias de amor son correspondidas, no tiene más que ir deshojando una por una sus hojas, al mismo tiempo que va murmurando: «Si él me ama?» «Si él no me ama?» y con toda seguridad que la última hojita le dirá lo que tanto desea saber: *Que sí le ama, y mucho!*

El árbol de oro

La casa en que comienza nuestra historia tenía un aspecto pobre y modesto. En aquellas blancas paredes sólo se miraba un par de mapas: el uno

representaba el país en general, mientras que el otro era el del pequeño lugar de nuestro relato. También había dos angostas camas, un pupitre y un armario de ropa, sobre el cual descansaba una esfera representando la tierra. El centro del cuarto estaba ocupado por una mesa rectangular, toda llena de manchas de tinta. A un lado y otro de ésta, estaban sentados en bastas sillas de madera, dos adolescentes. El uno era rubio y traducía un pasaje difícil del *Cornelio Nepote*, (1) que lo hacía suspirar hojeando el pesado Diccionario; el otro era moreno y tenía puesta toda su atención en sacar la raíz cúbica de una cantidad.

El filólogo se llamaba Hans; el que estudiaba matemáticas Heins. De tiempo en tiempo alzaban ambos niños la cabeza y miraban hacia la abierta ventana, por la cual las zumbadoras moscas entraban y salían. Allá, fuera, en el jardín, los dorados rayos del sol jugaban entre árboles y malezas, y como para burlarse de ellos, una rama de árbol, toda llena de florecillas, venía á asomarse por la abierta ventana al cuarto donde estudiaban los discípulos. Todavía tenían los pobres que trabajar una hora larga, antes de poder gozar de libertad, y los minutos corrían tan lentos, como la babosa que se resbalaba allá en el jardín por un arbusto erizado de espinas. No había que pensar en tomarse un corto descanso durante las horas de clase, porque en el salón contiguo estaba sentado en su mesa de escribir el doctor Schlangentzwei, á quien los pobrecillos estaban entregados para que los educara, y estando la puerta de comunicación abierta, podía muy bien el doctor en cualquier momento cerciorarse de la ausencia de sus pupilos é inspeccionar también su conducta. «Aníbal tenía algo más que hacer, para

(1) *Cornelio Nepote*.— Es una manera de llamar las *Vidas de Varones Ilustres* (Aníbal, Alcibíades, Temístocles etc.), escritas en latín por el escritor latino Cornelio Nepote (siglo I antes de Jesucristo). Este autor es muy conocido por los estudiantes de latín en los colegios de Europa. Es el primero que usan para la lectura y traducción, porque su estilo es claro, la frase, sencilla y las sentencias, morales.

atravesar los Alpes,» mascullaba entre dientes Hans. «Nueve veces ochenta y uno, son setecientos veintinueve,» murmuraba en voz baja Heins. De pronto percibieron un zumbido. Un abejorro dorado se había introducido al cuarto. Por tres veces se bamboleó sobre la cabeza de los muchachos, hasta que vino á caer en el tintero.

—Precisamente le ha sucedido lo que se merece, dijo Heins, por qué no se quedó donde estaba? Pero ahogarse en tinta debe ser una muerte muy negra, y con la pluma se puso á ayudar al pobre coleóptero, que pataleaba en la tinta, para que saliese; pero Hans estuvo más listo y lo sacó con los dedos.

—Tiene una coraza dorada y cuerno negro, decía Hans, limpiándose los dedos manchados de tinta. Sin duda es el rey de los abejorros dorados. Vive en un castillo cuyos muros están formados por jazmines blancos en botón y cuyo techo se compone de pétalos de rosas. Los grillos y los mosquitos son los músicos de su corte, mientras que las luciérnagas le sirven de pajes.

—Estás inventando: eres un fantaseador, dijo Heins.

—El que se encuentre con el rey de los abejorros dorados, prosiguió Hans, será siempre feliz. Pónme atención, Heins; una aventura ó algo extraordinario nos tiene que acontecer. Piensa, además, que hoy es primero de mayo, y en este día suceden cosas maravillosas. Mira como parece que nos llama con el cuernecillo y estiendo sus alitas como queriendo volar. Pronto lo verás transformarse ante nosotros en un silfo (1) con su manto real y su corona de oro en la cabeza.

—Quiere volar, dijo sonriendo Heins. Sus...! ya voló. Los muchachos corrieron á la ventana para verlo. Cortando en grandes círculos el aire, revoloteaba el inquieto insecto, hasta que al fin fué á perderse al otro lado del jardín. En este momento se oyó un ruido en el cuarto del maestro, y ambos discípulos corrieron á sus puestos.

(1) Genios del aire.

—No te lo dije? murmuró Hans al oído de su compañero,—ahí tienes ya el milagro! Del tintero salía un verde arbustillo que creciendo poco á poco llegó hasta tocar el techo.

—Soñamos?, dijo Heins, restregándose los ojos.

No, dice regocijado Hans, es que asistimos á un prodigio, tomamos parte en una verdadera leyenda fantástica. El arbusto crecía cada vez más. De cada rama brotaban, como por encanto, hojas y flores. El techo del cuarto desapareció, las paredes se desvanecieron y una suave oscuridad crepuscular envolvió á los maravillados muchachos.

—Adelante!—gritó Hans, llevándose consigo á Heins, que se resistía á seguirlo. Ahora comienza nuestra aventura.

La maleza llena de florecillas silvestres, se abría por sí misma ante ellos, para hacerles amplia vereda. Los rayos del sol, al quebrarse por entre el enrejado de hojas, dejaban caer sobre el musgo millares de puntos luminosos. Estrelladas florecillas de variados y vivos colores brotaban de la tierra, y enredaderas verdes y grises se adherían como pintorescas serpientes á los viejos troncos de los árboles. En las ramas de éstos, aleteaban cantando pájaros de vistosos plumajes, mientras que los ciervos y venados saltaban contentos por los matorrales. De pronto se iluminó el bosque de una claridad color de fuego.

—Lo ves?, ahora comienza el encanto, dijo Hans á su compañero.

Ante ellos se extendía la selva con sus praderas. En el centro se elevaba un árbol, uno solo, cuyas hojas eran de oro. Los niños casi no se movían, tal era su asombro. De pronto apareció un gnomo (1) tan pequeñito como un niño de dos años, era delgado, bien hecho y gracioso. Llevaba yelmo de oro y capa verde. Dió dos pasos adelante, y saludando á los jovencitos les dijo:

—La encantadora princesa aguarda en su pala-

(1) Genios guardianes de las minas y de todos los tesoros que la tierra oculta en sus entrañas.

cio de marfil y oro á su libertador. Cuál de vosotros quiere serlo?

—Yo, respondió alegremente Hans. Entonces el gnomo le presentó un caballito blanco como la leche y que tascaba un freno de oro.

—No te montes, decía Heins con ansiedad, pero ya Hans estaba sobre la silla. El caballo relinchó, é irguiendo la cabeza y agitando las flotantes crines, se internó con su jinete en el bosque.

Aquel fué un agradable paseo á caballo. Hans se sentía tan seguro en su silla, como si estuviese sentado en su banco de la escuela. Pensó entonces que apenas haría una hora se encontraba atareado con la traducción del *Cornelio Nepote*, en presencia del Dr. Schlangentzwei, en tanto que ahora se veía trasformado en un caballero, con capa, collar, espada, espuelas de oro, paseándose por un bosque encantado. De nuevo la selva se iluminó de suave claridad. Unos cuantos pasos más y caballero y caballo se detenían á las puertas de espléndido castillo. Las torres ostentaban banderolas de abigarrados colores. Bocinas y trompetas herían el aire en son de fiesta. Allá dentro, sentada en su trono, estaba una hermosísima princesa, ataviada con su blanco velo de novia. Hans creyó reconocer á su vecina Lotchen, con quien compartía sus juegos al salir de la escuela, pero la princesa era aún más alta y más linda. Saltó con presteza de la silla y subió presuroso la escalera de mármol. En la puerta del salón lo esperaba un gran señor, probablemente el Mariscal de Corte de la princesa, pues á nuestro héroe se le antojó que lo conocía. Aquel personaje alargó la mano y tomando al caballero por una oreja, le dijo: Se ha dormido el haragán. Toma...

Con esto se deshizo el encanto. Hans se encontró otra vez sentado junto á su mesa, en la cual estaban como riéndose de su pereza el *Cornelio Nepote* y el Diccionario latino. Al otro lado de la mesa escribía Heins, tan de prisa, que hacía rechinar la pluma. A su lado estaba el Dr. Schlangentzwei, contemplando al través de sus espejuelos azules, al pobre soñador.

Por fin llegó la hora de la salida de la escuela, y mientras comían algunas golosinas, Hans, relató su sueño á su compañero.

—Es maravilloso!, verdaderamente maravilloso! exclamó Heins, tan luego aquel terminó su narración. Yo también soñé lo mismo que tu soñaste, aunque con diferente conclusión. En mi sueño no aparece ningún castillo.

—Cuéntamelo!—decía con insistencia Hans.

—Hasta el encuentro del árbol de oro, mi sueño es igual al tuyo. Todavía me parece verte montado en el caballito blanco como la leche, encaminándote á libertar á la encantada princesa. Mientras tanto yo...

—Qué hiciste? preguntó curioso Hans.

—Yo me puse á golpear el árbol y me llenaba los bolsillos con las hojas de oro. En esto me despertó el doctor y se acabó toda mi riqueza.

—Heins, dijo Hans entusiasmado, tomando la mano de su amigo: cuando dos personas tienen el mismo sueño, te digo que andando el tiempo se cumplirá aquello que soñaron. Nuestra visión es más que un sueño, es una profecía.

Se cumplió acaso el sueño de nuestros héroes infantiles?

—Sí,—Hans llegó á ser un gran poeta, cuya fantasía creaba cuentos y leyendas; Heins, el que se quedó bajo el árbol, llenándose de hojas de oro los bolsillos, fué el rico industrial que editaba las obras de Hans.

✓ De ROBERTO BRENES MESÉN

Cerca y distante

Cerca y distante, como una luna fría
en la tumba de cristal de una sombría
fontana; cerca y distante tu alma siento
reflejándose en el fondo de la mía
como una luna ideal de pensamiento.

Tu mirada, al derramarse en mi existencia,
va colmando mi persona de una esencia
de azucenas recogidas en el campo,
cual se llena de una blanca refulgencia
una estancia oscura herida por un lampo.

Una tibia noche de estas, con la luna
encendida en sus cabellos, trájome una
serenata de recuerdos al jardín;
fué como si en él se hubiese roto alguna
fuente de aromas de nardo y de jazmín.

Con tu traje de alba luna entre las plantas
florecidas, el laud de las gargantas
de los lirios escuchaste ante tus pasos,
como un diáfano perfume que á tus plantas
te pidiese agonizar entre tus brazos.

Como un árabe dormido en el desierto
que un rumor de huracán deja despierto,
el silencio recogió su blanca tienda,
y en el aire de plateada seda, muerto,
el trinar de un ruiseñor llegó á la senda.

Tus dos manos refugiadas en las mías
se callaban, y sentí todos los días
de un pasado de recuerdos y pasión
por mis carnes ascender y en ondas frías,
como aurea arena, colmar mi corazón.

La blancura de tus manos de azucena
con las hebras no tejidas de la buena,
de la casta luz lunar, entretejió
en mi espíritu la cándida cadena
de pureza y de ilusión que á tí me ató.

De las alas de la noche fresca plata
descendía á armonizar la serenata
de los cantos de perfume del jardín;
tú, callada, te alejaste por la grata
senda que blanqueó la nieve del jazmín.

Y el recuerdo sin fulgor de tu presencia
se durmió en el vaso ideal de mi conciencia,
como duerme en el florero de cristal
una flor embalsamada con la esencia
de un ensueño arrebatado á lo inmortal,

Pero á veces, tu persona, como un ave
de alas blancas por el cielo, pasas grave
por el cielo de mi vida, muy despacio,
como entonces esta luna, por la nave
trasparente, siempre anclada, del espacio.

IX-07.

(*Inédita*).

✓ El árbol-poeta

La noche derramó su cabellera
por el cielo, como una enredadera
de botoncillos de oro. Las dos zarpas
de un viejo viento hieren en las arpas
que cuelgan de los árboles: las notas
de sus sonantes cuerdas, las ignotas
voces del césped que contempla el oro
de las estrellas, el brillante coro
de las risas del agua, todo embriaga
mi corazón y el pensamiento vaga
por los cóncavos senos del ambiente.

Me siento, y un grande árbol, frente á frente
de mi, me tiende sus flexibles manos.
Todos sus movimientos son humanos:
ese árbol siente, me contempla y piensa
no sé que pensamientos de una intensa
vida de árbol que inventa un mudo idioma
ideal, como un espíritu de aroma,
para contar la reflexión secreta
de toda su existencia: es un poeta.

Como él sumerge el corazón al fondo de las entrañas de la tierra, en lo hondo para sentir elaborar la vida, para mirar el agua convertida en lágrimas ó en savia, sustancias de minerales en las grandes ansias de ascender á las cumbres del ramaje ó del ideal más alto del linaje de los hombres: ese árbol es poeta. Sus rumores traducen con discreta sabiduría el alma de las cosas. Cuando llegan las horas silenciosas ese árbol vierte de sus propias manos aromas-pensamientos infrahumanos que por el aire diáfano se estienden y los seres en torno le comprenden.

El alma del poeta es un follaje que canta en el silencio de un paisaje los secretos profundos del subsuelo, la voz del aire en cuyo ondeante vuelo prende el perfume del amor, la sombra de una angustia mortal que no se nombra, los ideales del hoy y del mañana. Su grande alma es toda el alma humana.

IX-07.

(Inédita).

✓ **Viola Acherontia**

Lo que deseaba aquel extraño jardinero, era crear la flor de la muerte. Sus tentativas remontaban á diez años, con éxito negativo siempre, porque considerando al vegetal sin alma, ateníase exclusivamente á la plástica. Injertos, combinaciones, de todo había ensayado. La producción de la rosa negra ocupóle un tiempo; pero nada sacó de sus investigaciones. Después le interesaron las pasionarias y los tulipanes, con el único resulta-

do de dos ó tres ejemplares monstruosos, hasta que Bernardin de Saint-Pierre le puso en el buen camino, enseñándole cómo puede haber analogías entre la flor y la mujer encinta, supuestas ambas capaces de recibir por «antojo» imágenes de los objetos deseados.

Aceptar este audaz postulado, equivalía á suponer en la planta un mental suficientemente elevado para recibir, concretar y conservar una impresión; en una palabra, para sugestionarse con intensidad parecida á la de un organismo inferior. Esto era, precisamente, lo que había llegado á comprobar nuestro jardinero.

Según él, la marcha de los vástagos en las enredaderas, obedecía á una deliberación seguida por resoluciones que daban origen á una serie de tanteos. De aquí las curvas y acodamientos, caprichosos al parecer, las diversas orientaciones y adaptaciones á diferentes planos, que ejecutan las guías, los gajos, las raíces. Un sencillo sistema nervioso presidía esas oscuras funciones. Había también en cada planta su bulbo cerebral y su corazón rudimentario, situadas respectivamente en el cuello de la raíz y en el tronco. La semilla, es decir, el ser resumido para la procreación, lo dejaba ver con toda claridad. El embrión de una nuez tiene la misma forma del corazón, siendo asaz parecida al cerebro la de los cotiledones. Las dos hojas rudimentarias que salen de dicho embrión, recuerdan con bastante claridad dos ramas bronquiales cuyo oficio desempeñan en la germinación.

Las analogías morfológicas, suponen casi siempre otras de fondo; y por esto la sugestión ejerce una influencia más vasta de lo que se cree sobre la forma de los seres. Algunos clarovidentes de la historia natural, como Michelet y Fries, presintieron esta verdad que la esperiencia va confirmando. El mundo de los insectos, pruébalo enteramente. Los pájaros ostentan colores más brillantes en los países cuyo cielo es siempre puro (Gould). Los gatos blancos y de ojos azules, son comunmente sordos (Darwin). Hay peces que

llevan fotografiadas en la gelatina de su dorso, las olas del mar (Strindberg). El girasol mira constantemente al astro del día, y reproduce con fidelidad su núcleo, sus rayos y sus manchas (Saint-Pierre).

He aquí un punto de partida. Bacon en su *Novum organum* establece que el canelero y otros odoríferos colocados cerca de lugares fétidos, retienen obstinadamente el aroma, rehusando su emisión, para impedir que se mezcle con las exhalaciones hediondas...

Lo que ensayaba el extraordinario jardinero con quien iba á verme, era una sugestión sobre las violetas. Habíalas encontrado singularmente nerviosas, lo cual demuestra, agregaba, la afección y el horror siempre exagerados que les profesan las histéricas, y quería llegar á hacerlas emitir un tósigo mortal sin olor alguno; una ponzoña fulminante é imperceptible. Qué se proponía con ello, si no era puramente una estravagancia, permaneció siempre misterioso para mí.

Encontré un anciano de porte sencillo, que me recibió con cortesías casi humildes. Estaba enterado de mis pretensiones, por lo cual entablamos acto continuo la conversación sobre el tema que nos acercaba.

Quería sus flores como un padre, manifestando fanática adoración por ellas. Las hipótesis y datos consignados más arriba, fueron la introducción de nuestro diálogo; y como el hombre hallara en mí un conocedor, se encontró más á sus anchas.

Después de haberme espuesto sus teorías con rara precisión, me invitó á conocer sus violetas.

—He procurado, decía mientras íbamos, llevarlas á la producción del veneno que deben exhalar, por una evolución de su propia naturaleza; y aunque el resultado ha sido otro, él comporta una verdadera maravilla; sin contar con que no desespere de obtener la exhalación mortífera. Pero ya hemos llegado; véalas usted.

Estaban al extremo del jardín, en una especie de plazoleta rodeada de plantas estrañas. Entre

las hojas habituales, sobresalían sus corolas que al pronto tomé por pensamientos, pues eran negras.

—Violetas negras! exclamé.

—Sí, pues; había que empezar por el color, para que *la idea fúnebre* se grabara mejor en ellas. El negro es, salvo alguna fantasía china, el color natural del luto, puesto que lo es de la noche— vale decir de la tristeza, de la disminución vital y del sueño, hermano de la muerte. Además estas flores no tienen perfume, conforme á mi propósito, y este es otro resultado producido por un efecto de correlación. El color negro parece ser, en efecto, adverso al perfume; y así tiene usted que sobre mil ciento noventa y tres especies de flores blancas, hay ciento setenta y cinco perfumadas y doce fétidas; mientras que sobre dieciocho especies de flores negras, hay diecisiete inodoras y una fétida. Pero esto no es lo interesante del asunto. Lo maravilloso está en otro detalle, que requiere, desgraciadamente, una larga explicación...

—No tema usted, respondí; mis deseos de aprender son todavía mayores que mi curiosidad.

—Oiga usted, entonces, cómo he procedido.

Primeramente, debí proporcionar á mis flores un medio favorable para el desarrollo de la idea fúnebre; luego, sugerirles esta idea por medio de una sucesión de fenómenos; después poner su sistema nervioso en estado de recibir la imagen y fijarla; por último llegar á la producción del veneno, combinando en su ambiente y en su savia diversos tósigos vegetales. La herencia se encargaría del resto.

Las violetas que usted ve, pertenecen á una familia cultivada bajo ese régimen durante diez años. Algunos cruzamientos, indispensables para prevenir la degeneración, han debido retardar un tanto el éxito final de mi tentativa. Y digo éxito final, porque conseguir la violeta negra é inodora, es ya un resultado.

Sin embargo, ello no es difícil; se reduce á una serie de manipulaciones en las que entra por base

el carbono con el objeto de obtener una variedad de añilina. Suprimo el detalle de las investigaciones á que debí entregarme sobre las toluidinas y los xilenos, cuyas enormes series me llevarían muy lejos, vendiendo por otra parte mi secreto. Puedo darle, no obstante, un indicio: el origen de los colores que llamamos añilinas, es una combinación de hidrógeno y carbono; el trabajo químico posterior, se reduce á fijar oxígeno y nitrógeno, produciendo los álcalis artificiales cuyo tipo es la añilina, y obteniendo derivados después. Algo semejante he hecho yo. Usted sabe que la clorofila es muy sensible, y á esto se debe más de un resultado sorprendente. Esponiendo matas de hiedra á la luz solar, en un sitio donde ésta entra por aberturas romboidales solamente, he llegado á alterar la forma de su hoja, tan persistente sin embargo, que es el tipo geométrico de la curva cisoides; y luego, es fácil observar que las hierbas rastreras de un bosque, se desarrollan imitando los arabescos de la luz á través del ramaje...

Llegamos ahora al procedimiento capital. La sugestión que ensayo sobre mis flores es muy difícil de efectuar, pues las plantas tienen su cerebro debajo de tierra; son seres invertidos. Por esto me he fijado más en la influencia del medio como elemento fundamental. Obtenido el color negro de las violetas, estaba conseguida la primera nota fúnebre. Planté luego en torno, los vegetales que usted ve: estramonio, jazmín y belladona. Mis violetas quedaban, así, sometidas á influencias química y fisiológicamente fúnebres. La solarina es, en efecto, un veneno narcótico; así como la daturina contiene hioscyamina y atropina, dos alcaloides dilatadores de la pupila que producen la megalopsia, ó sea el agrandamiento de los objetos. Tenía, pues, los elementos del sueño y de la alucinación, es decir, dos productores de pesadillas; de modo que á los efectos específicos del color negro, del sueño y de las alucinaciones, se unía el miedo. Debo añadirle que para redoblar las impresiones alucinantes, planté además el be-

leño, cuyo veneno radical es precisamente la hioscyamina.

—Y de qué sirve, puesto que la flor no tiene ojos? pregunté.

—Ah, señor; no se ve únicamente con los ojos, replicó el anciano. Los sonámbulos ven con los dedos de la mano y con la planta de los pies. No olvide usted que aquí se trata de una sugestión.

Mis labios rebosaban de objeciones; pero callé, por ver hasta dónde iba á llevarnos el desarrollo de tan singular teoría.

—La solanina y la daturina, prosiguió mi interlocutor, se aproximan mucho á los venenos cadavéricos—ptomainas y leucomainas—que exhalan olores de jazmín y de rosa. Si la belladona y el estramonio me dan aquellos cuerpos, el olor está suministrado por el jazminero y por ese rosal cuyo perfume aumento, conforme á una observación de de Candolle, sembrando cebollas en sus cercanías. El cultivo de las rosas está ahora muy adelantado, pues los ingertos han hecho prodigios; en tiempo de Shakespeare se ingertó recién las primeras rosas en Inglaterra...

Aquel recuerdo que tendía á halagar visiblemente mis inclinaciones literarias, me conmovió.

--Permítame, dije, que admire de paso su memoria verdaderamente juvenil.

—Para estremar aún la influencia sobre mis flores, continuó él sonriendo vagamente, he mezclado á los narcóticos plantas cadavéricas. Algunos arum y orchis, una stapelia aquí y allá, pues sus olores y colores recuerdan los de la carne corrompida. Las violetas sobreexcitadas por su excitación amorosa natural, dado que la flor es un órgano de reproducción, aspiran el perfume de los venenos cadavéricos añadido al olor del cadáver mismo; sufren la influencia soporífica de los narcóticos que las predisponen á la hipnosis, y la megalopsia alucinante de los venenos dilatadores de la pupila. La sugestión fúnebre comienza así á efectuarse con toda intensidad; pero todavía aumenta la sensibilidad anormal en que la flor se encuentra por la intermediación de esas potencias vegeta-

les, aproximándole de tiempo en tiempo una mata de valeriana y de espuelas de caballeros cuyo cianuro la irrita notablemente. El etileno de la rosa colabora también en este sentido.

Llegamos ahora al punto culminante del experimento, pero antes deseo hacerle esta advertencia: el *ay!* humano es un grito de la naturaleza.

Al oír este brusco aparte, la locura de mi personaje se me presentó evidente; pero él, sin darme tiempo á pensarlo bien siquiera, prosiguió:

—El *ay!* es, en efecto, una interjección de todos los tiempos. El hombre se ha quejado siempre lo mismo. Pero lo curioso es que entre los animales sucede también así. Desde el perro, un vertebrado superior, hasta la esfinge calavera, una mariposa, el *ay!* es una manifestación de dolor y de miedo. Precisamente el extraño insecto que acabo de nombrar, y cuyo nombre proviene de que lleva dibujada una calavera en el coselete, recuerda bien la fauna lúgubre en la cual el *ay!* es común. Fuera inútil recordar á los buhos; pero sí debe mencionarse á ese extraviado de las selvas primitivas, el perezoso, que parece llevar el dolor de su decadencia en el *ay!* específico al cual debe uno de sus nombres...

Y bien; exasperado por mis diez años de esfuerzos, decidí realizar ante las flores escenas crueles que las impresionaran más aún, sin éxito también; hasta que un día...

...Pero aproxínesese, juzgue por usted mismo.

Su cara tocaba las negras flores, y casi obligado hice lo propio. Entonces—cosa inaudita—me pareció percibir débiles quejidos. Pronto hube de convencerme. Aquellas flores se quejaban en efecto, y de sus corolas oscuras, surgía una pululación de pequeños ayes muy semejantes á los de un niño. La sugestión habíase operado en forma completamente imprevista, y aquellas flores, durante toda su breve existencia, no hacían sino llorar.

Mi estupefacción había llegado al colmo, cuando de repente una idea terrible me asaltó. Recordé que al decir de las leyendas de hechicería, la

mandrágora llora también cuando se la ha regado con la sangre de un niño; y con una sospecha que me hizo palidecer horriblemente, me incorporé.

—Como las mandrágoros, dije.

—Como las mandrágoras, repitió él palideciendo aún más que yo.

Y nunca hemos vuelto á vernos. Pero mi convicción de ahora es que se trata de un verdadero bandido, de un perfecto hechicero de otros tiempos, con sus venenos y sus flores de crimen. Llegará á producir la violeta mortífera que se propone? Debo entregar su nombre maldito á la publicidad?...

Leopoldo Lugones (*)

(De *Las fuerzas extrañas*.)

CRÍTICA Y BIBLIOGRAFÍA (*)

LEOPOLDO LUGONES. — *Las fuerzas extrañas*

Buenos Aires.—Arnoldo Moen y Hermano, editores.—1906

Obra tres veces grande: por la profundidad de la concepción, por la intensidad de la ciencia que la vigoriza, por el arte que la embellece y la vivifica. Los temas de sus doce narraciones tienen atingencia con las fuerzas desconocidas de este universo maravilloso, siempre más bello á medida que se le siente mejor, siempre más grande cuando se le comprende más.

Vivimos en el alma de un océano de energías.

(*) Argentino. Uno de los más eminentes, entre los actuales escritores de Sur-América. Véase la nota bibliográfica de la página 21.

(*) En esta sección se hará examen de las principales obras que los autores ó las casas editoras nos remitan á la casilla 533. San José, Costa Rica.

De cuando en cuando una ola inmensa y luminosa recibe la mirada de un investigador que atisba y que deja al descubierto una fuente de luz y de fuerza, imperceptibles para la gran mayoría de los hombres, en el largo desfilarse de los siglos. Y así, muy lentamente, se acumulan el saber y el poder de la humanidad. En estos últimos años, no obstante, sucesivos descubrimientos científicos nos han colocado en una posición bastante elevada para inferir las múltiples posibilidades que de buen grado, y en nombre de una ciencia de breves horizontes, los viejos sabios estaban dispuestos á negar. El universo de la Ciencia libre—en el estrecho calabozo del dogmatismo hay una ciencia, que será preciso poner en libertad—se amplifica, se eleva, se profundiza. La imaginación del sabio, que en el fondo no difiere de la del poeta, cansa su vuelo en las vastas miriadas de mundos, sobre el ilimitado océano de fuerza, que se hallan el umbral de ese universo concebido ahora por la libre Ciencia.

Sugestiones de ese universo, para muchos invisible, pero no por eso menos existente, ni menos real, sublimado por la robusta inteligencia del autor, constituyen el contenido del libro.

La serie se abre con el relato de un descubrimiento: *La fuerza omega*. Las tres primeras páginas son una rápida exposición de algunos de los principios de las ciencias ocultas en que Lugones es versado. Luego los antecedentes del imaginario descubrimiento y es en esta parte en donde se trasparenta el perfecto dominio de la acústica que posee el autor. «El sonido es materia desprendida en partículas infinitesimales del cuerpo sonoro y dinamizada en tal forma que da la sensación del sonido, como las partículas odoríferas dan la sensación del olor. Esa materia se desprende en la forma ondulatoria comprobada por la ciencia y que yo me proponía modificar, engendrando la onda aérea conocida por nosotros, del propio modo que la ondulación de una anguila bajo el agua, es repetida por ésta en su superficie.»

Esta duplicidad de la onda permite explicar las

vibraciones al unísono, que si bien se citan en todos los tratados superiores de física en ninguno se explican satisfactoriamente.

Luego se pasa á describir cómo el sonido, convertido en fuerza mecánica, en vez de difundir uniformemente la onda eterea en el interior de un cuerpo, lo perfora. Basta, pues, desplazar por medio de esa fuerza mecánica el centro de gravitación de las moléculas constitutivas de un cuerpo para determinar su desintegración y se sabe que la desintegración repentina de una porción de materia, por pequeña que ella sea, produciría el derrumbamiento de un monte de rocas. La invención consiste, pues, en un aparato del tamaño de un reloj de bolsillo, capaz de producir el desplazamiento del centro de cohesión y, en consecuencia, la repentina desintegración de la materia. Con las fuerzas hasta ahora conocidas apenas si se sospechan semejantes efectos. El inventor muere con la masa encefálica desintegrada, á causa de una experiencia mal dirigida.

El segundo relato es *La lluvia de fuego*, evocación de un desencarnado de Gomorra. Describe este cómo sobre la ciudad, en un día de cielo sereno, comienza á caer una lluvia de chispas de cobre incandescente. «Era la inmensidad desmenuzándose invisiblemente en fuego.» Aquí se admira la imaginación pujante, nutrida de arqueología y de historia. Es una sucesión de visiones fantásticas, entre las cuales se destaca la legión de leones desesperados por la sed y el fuego que corriendo vienen desde el desierto en busca de las cisternas exhaustas, de las fuentes agotadas, perseguidos por la pavorosa lluvia. Sentados los leones junto al último depósito, seco también, «con el calcinado hocico en alto, la mirada vagorosa de desolación y de eternidad, quejándose al cielo, estoy seguro, pusiéronse á rugir.» «Aquellos rugidos tenían una evidencia de palabra. Lloraban quién sabe qué dolores de inconciencia y de desierto á alguna divinidad oscura».

Un fenómeno inexplicable es el tercer relato. Se trata de un inglés que ha aprendido de los *yo*.

ghis (1) muchas cosas. Quiso desarrollar en él los mismos poderes que éstos poseen y alcanzó sorprendentes resultados. A los dos años había logrado la traslación conciente y resolvió mirar «qué salía de él, siendo él mismo, durante su sueño extático». Lo consiguió. Su doble era un mono, «un horrible animal que le miraba fijamente».

El milagro de San Wilfrido refiere una página de historia medioeval. Wilfrido de Hohenstein es crucificado por el sarraceno Abu-Djezzar, pero al desclavarlo, corta la mano derecha y la deja en el brazo de la cruz. Un mes más tarde Abu-Djezzar entra en la armería adonde habían arrumbado la cruz y en el momento de proferir una maldición, la mano le toma por los cabellos y le hace perecer.

En *El Escuerzo* una criada narra la venganza de ese sapito diabólico que resucita para dar muerte á su matador, si no se le reduce á cenizas. Con qué mata? Probablemente con la venenosa voluntad de matar.

El movimiento es el engendrador de todas las fuerzas conocidas. Nuestro sistema nervioso traduce de diferentes maneras—diferentes sensaciones—las variedades del movimiento. Esencialmente la fuerza es una. La materia misma es una forma de esa fuerza única universal. En toda luz hay calor, electricidad, sonido; en todo sonido hay luz, calor, electricidad que no percibimos á causa de la exigua amplitud de la onda. Si construyésemos un aparato que pudiera reflejar, amplificándolas, las ondas luminosas, traduciríamos en la lengua de la luz los pensamientos de la música. Tal es el objeto de otra invención que se describe en la narración que lleva el nombre de *Metamúsica*. «El universo es música. Pitágoras tenía razón y desde Timeo hasta Keplero todos los pensadores han presentido esta armonía». Luego la música de las esferas podía ser representada en el aparato, esquemáticamente, por medio de la luz geoméricamente distribuída.

(1) Singulares mendigos cuya vida se comparte entre el espionaje y la taumaturgia. Pueden volverse insensibles, videntes, etc.

Fué célebre Abdera de Tracia por sus corceles. Humanizados estos tras muchas otras generaciones de cultura, una noche, después de una cena de pescado en la playa, resuelven los caballos rebelarse contra sus amos. Una tempestad de relinchos y de cascos invadió las calles. Las puertas de las casas caían al suelo destrozadas, hubo un saqueo horrendo y á la mañana siguiente se aprestan los corceles para asaltar la ciudadela. Una tormenta de cascos había hecho retumbar las murallas dóricas, que comenzaban á ceder. De súbito, las bestias se paralizan. «Dominando la arboleda negra, espantosa sobre el cielo de la tarde, una colosal cabeza de león miraba hacia la ciudad... nunca se había visto nada tan monstruoso, pues aquella cabeza dominaba los más altos árboles, mezclando á las hojas teñidas de crepúsculo las greñas de su melena... Y de repente empezó á andar, lento como el océano... los caballos sublevados no resistieron semejante aproximación. Un solo ímpetu los arrastró por la playa, en dirección á la Macedonia, levantando un verdadero huracán de arena y de espuma...»

El león lanzó un grito de guerra humano. «Bajo la cabeza del felino, irradiaba luz superior el rostro de un numen...» «Y un grito, un sólo grito de libertad, de reconocimiento, de orgullo, llenó la tarde:

—Hércules, es Hércules que llega!»

Imagínese una violeta que, sin perfume, exhale una mortal ponzoña, y mate con su sola negra presencia y se tendrá el propósito de un jardineiro: la violeta de la muerte, *Viola Acherontia*. Tras diez años de pacientes y sabios esfuerzos ha logrado algo inaudito: las violetas se quejan, con una dolorosa palpitación de ayes de espanto, como la mandrágora de las viejas hechiceras de esa asombrosa Edad Media, llena de secreta y profunda sabiduría, ignorada de los tiempos posteriores. El brujo jardinero vierte probablemente la sangre de inocentes niños ante la sensibilidad sobrexcitada de las violetas.

Los grandes simios antropomorfos son los ves-

tigios de antiquísima raza de esclavos, que anadada de sevicia y de crueldad, resolvió enmudecer para siempre á fin de sustraerse á su miserable situación. No es incapacidad de hablar, voluntariamente se abstienen. Los monos son hombres que hablaron, tal la teoría expuesta en *Izur*, nombre de un mono, que en su última hora, acosado por la sed, grita:—«Amo, agua. Amo, mi amo.» Las antiguas, las terribles palabras que evocan la espantosa esclavitud de un millón de años antes.

Qué horror contemplaron los ojos de la mujer de Lot cuando miró hacia atrás, es difícil saberlo. El cenobita Sosistrato lo supo, la estatua se lo dijo; pero esto le causó la muerte. Al oír la palabra cayó en tierra, fulminado por ella. Tal el contenido de *La estatua de sal*.

Psychon es el nombre de un nuevo cuerpo químico, es el cuerpo que se obtiene recogiendo en un recipiente el pensamiento volatilizado.

Se habrá comprendido que hemos extraído las simples armazones de los bellos relatos del autor de *Las fuerzas extrañas*. En la oscuridad dejamos los sabios razonamientos, los datos científicos, la deliciosa exposición, saturada de lo maravilloso.

Es una obra de un extraño vigor. Leyéndola se sume nuestra inteligencia en las aguas puras y profundas de una meditación que da contento, que riega de dicha y de fuerza las raíces más hondas de nuestro pensamiento.

Al final del libro se halla un ensayo de una Cosmogonía. Ensayo de gran aliento que estudiaremos en otro lugar, porque es digno de conocerse y de comentarse.

Roberto Brenes Mesén

PARA LEER:—LA CRISI DELLA SCIENZA, de Aquiles Loría, 1 vol.

CABOS SUELTOS. (Literatura y Lingüística), de Julio Cejador, 1 vol.

LOS HOMBRES Y LAS CÁRCELES, de E. Ferri.

EL OCASO DEL DERECHO PENAL, de L. Molinari, 1 vol.

De los JARDINES LEJANOS

II

Hay un oro dulce y triste
en el malva de la tarde,
que da realeza á la bella
suntuosidad de los parques.
Y bajo el malva y el oro
se han recogido los árboles
verdes, rosados y verdes
de brotes primaverales.
En el cáliz de la fuente
solloza el agua fragante,
agua de música y de lágrima,
nacida bajo la hierba
entre rosas y cristales...
...Ya el corazón se olvidaba
de la vida...; por los parques
todo era cosa de ensueño,
luz de estrellas, alas de ángeles...
Sólo había que esperar
á los luceros; la carne
se hacía incienso y penumbra
por las sendas de rosales...
Y, de repente, una voz
melancólica y distante,
ha temblado sobre el agua
en el silencio del aire.
Es una voz de mujer
y de piano, es un suave
bienestar para las rosas
soñolientas de la tarde;
una voz que me va haciendo
llorar por nadie y por alguien
en esta triste y dorada
suntuosidad de los parques.

XV

Está naciendo la luna
sobre el río, y esta rosa
entre los árboles oro
de la tarde melancólica.
Crepúsculo triste, con
estrellas verdes... Las novias
van soñando, por la orilla,
con las barcas salvadoras.
Las mandolinas del alma
dicen sus penas más hondas...
tienen ritmo de suspiro,
tienen fragancia de boca.
Es el sueño de los besos
y las flores, mientras lloran
las estelas de cristal,
rosas de luna y de rosas;
la tristeza de los pechos
que quisieran manos locas
para el blancor perfumado
que se mustia entre la sombra...
Los vestidos van poniendo
su color bajo las frondas;
dentro llevan la dulzura
de las carnes dolorosas.
Son los grises, son los blancos,
son los malvas, son... las hojas
que se prenden sobre el cáliz
de mujeres soñadoras.
Y hay ensayos de caricias,
de miradas y de aromas,
y hay besos perdidos, que
se duermen sobre las ondas...
La ribera está encantada...
y la luna sube, rosa
sobre los árboles mustios
de la tarde melancólica.

La honrosa mayoría es agricultora

Los habitantes de la ciudad por lo común consideran los trabajos del campo como una tarea baja. Y sin embargo la gran mayoría de los hombres del mundo entero es agricultora y es ella la que asegura la existencia de los demás hombres. En realidad la especie humana casi no se compone más que de agricultores. Los restantes: ministros, cerrajeros, profesores, carpinteros, artistas, sastres, sabios, médicos, generales, soldados, no son más que los siervos ó los parásitos de los agricultores. Además, siendo la ocupación más moral, sana, alegre y necesaria, la agricultura es también la más noble de todas las profesiones y la única que en realidad procura la independencia de quienes no la olvidan.

León Tolstoi.

(*La Revue Hebdomadaire*. París, 27 de julio de 1907. Del artículo *Une Revolution Sans Exemple*.)

Es necesario trabajar y crear con alegría

Hase dicho que la poesía es calor y vida; tal debe ser también la obra política y social; está muerto el empeño que no lleva en las entrañas el fuego de la sinceridad y el entusiasmo. Es necesario, como enseña Gomperz, reprochar á los partidarios de Sócrates, que enseñan el retraimiento de los negocios públicos y vuelven la espalda al pueblo generoso que ha ofrecido tantas veces á mentirosas ó temerarias empresas el tributo de sus vidas humildes. Los ideales nunca deben perderse en lo imposible, sólo que han de soñarse muchos para que haya siempre uno por alcanzar. Esta renovación del sentimiento de la Patria, este nuevo amor hacia ella vienen de lo más pro-

fundo del corazón de la raza; proceden tanto del instinto como de la inteligencia; es el mandato supremo que nos incita á vivir. Uno de los primeros deberes de la juventud consiste en no aceptar íntegra la herencia del pasado; á hechos nuevos táctica nueva en los partidos; lo primero es hacer viable nuestra existencia; después vendrán los requiebros á la Libertad.

Hoy más que nunca se impone la reacción contra el pesimismo general, contra esa melancolía sofisticada que apaga los bríos de la juventud. Es necesario trabajar y crear con alegría, como aconseja el poeta; el peor síntoma de decrepitud que ofrece una sociedad, pensaba Carlyle, es la manía de las lágrimas, ese abuso de las palabras desconsoladas que termina por aniquilar la esperanza. La voluntad sí alcanza á exaltar en el hombre el deseo irrevocable de vivir y triunfar; pueblos como el Japón, donde soplan cálidas brisas de optimismo, logran renovarse en pocos años. Un profesor inglés, que habitó entre los nipones, cuenta cómo éstos se admiran del adusto continente de los occidentales, y luego se dilata en sutiles consideraciones sobre el significado de la sonrisa japonesa.

La pereza del Asia, proverbial como la nuestra, es un prejuicio histórico que toca á su fin. El antiguo japonés, al llegar á los cuarenta años, se consideraba en paz con los negocios públicos y privados y buscaba holganza y reposo; la fe en los nuevos destinos de la nación los impulsa ahora á trabajar sin tregua hasta el último día.

V. M. L. (*Víctor M. Londoño.*)

(*Trofeos. N.º 12. Serie II. Bogotá, 20 de julio de 1907.*)

Guayaquil Artístico.—Año VIII. Nos. 140, 141, 142.
Guayaquil, Ecuador.

Revista del Archivo y de la Biblioteca Nacional de Honduras.—Entregas 21, 22, 23 y 24.

Trofeos.—Culta revista de literatura nacional y extranjera que dirigen en Bogotá los escritores Víctor M. Londoño é Ismael López. Serie III. N° 13. 1908. Bogotá.

PUBLICACIONES NACIONALES

El Trabajo, de Gerardo Matamoros. Imp. Alsina, 1907. Conferencia leída por su autor al ingresar en el Ateneo de Costa Rica.

La Evolución Intelectual.—Sus diversos aspectos, de Federico G. Calvo. Imp. Alsina, 1907. Disertación leída por su autor al ingresar en el Ateneo de Costa Rica.

Páginas Ilustradas.—Año V. Nos. 172 á 186. Algunos números vienen interesantes y como siempre, el esfuerzo personal de su Director, meritorio.

Tribunal y Recurso de Casación, de Tobías Zúñiga Montúfar. Imp. Alsina, 1908. Tesis leída por su autor ante el Colegio de Abogados de Costa Rica en el examen público que presentó el 1º de febrero de 1908 para recibir el título de Licenciado en Leyes.

NOTA

Con este número reanudamos la tarea suspendida en diciembre pasado. La serie de **Ariel** que ahora comienza va del 18 al 27 (10 números) y contendrá numerosos cuentos, poesías (americanas de preferencia), viajes, crítica, historia, biografía, filosofía, pedagogía, páginas científicas, etc. El material que se tiene listo es, como siempre, bien selecto. Para los maestros hemos recogido especialmente trabajos muy interesantes. Esperamos que los suscritores correspondan á nuestros esfuerzos por darles lectura amena y educativa, á un precio tan bajo. La serie que ahora comienza vale € 1.00 y abarcará 280 páginas por lo menos. Abono adelantado.

COMO UN HOGAR CARIÑOSO

será para los jóvenes estudiantes el INTERNADO abierto en Cartago por don JUAN UMAÑA, Director del Liceo de aquella ciudad. Buen clima, buena alimentación, vida en familia y buenos estudios. *No se pueden exigir mayores comodidades.*

Alimentación y lavado de ropa: ₡ 30 mensuales.

L'Università Popolare

RIVISTA QUINDICINALE

Avv. Luigi Molinari, Direttore

Via Carlo Poerio, N° 38 - MILANO

ABONO AN-) Italia 5 Liras al año
TICIPADO. .) Estranjero. 6 Liras y media al año

Librería y Papelería

CARLOS CALVO FERNANDEZ

Sucursal de la Sociedad Librera de

Costa Rica FONT Y COMPAÑIA

Centro general de suscripciones á periódicos de todas partes

Agencia de la IMPRENTA ALSINA

Apartado 18 - ALAJUELA - Costa Rica

Colección Ariel

n.º 19

PRECIOS :

El número suelto 10 cénts.
La serie de cinco números.. 50 »
La serie de diez números... 1 colón
El abono se hace adelantado

PUBLICACIÓN ECONÓMICA

DE ESCOGIDA LITERATURA
INTERNACIONAL, ANTIGUA Y MODERNA
en folletos de 32 páginas
CASILLA 533

Al servicio de las ideas y de los ideales

CONTENIDO

	<u>Pág.</u>
ROBERTO BRENES MESEN.— <i>Critica y Biografía</i>	3/
A. GOMEZ JAIME.— <i>Canción de primavera</i>	15 ✓
JOSE ORTIZ DE PINEDO.— <i>Cuento de niña</i>	15 ✓
VICENTE MEDINA.— <i>Como mi niña</i>	16 ✓
R. BAUMBACH.— <i>Trudchen en el bosque</i>	17 ✓
VARIOS.— <i>Poesías escogidas en la actual literatura rumana, neo-helénica y servo-crota</i>	21 ✓
ANATOLE FRANCE.— <i>Lo mudable de la Moral</i> . 20	20 ✓

Op. Ariel

San José, Costa Rica
IMPRENTA DE AVELINO ALSINA
1908

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Trofeos.—Nº 14. Serie III. Bogotá. 1908.

L'Università Popolare.—Año VIII. Nos. 3, 4 y 5. Milano. 1908.

Larousse Mensuel Illustré.—Nº 13. París. 1908.

Freedom.—Vol. XXII. Nº 226. London. 1908.

Nuevos Ritos.—Revista Quincenal Ilustrada de Panamá. Enero 1º de 1908. Nº 23. Año I.

La Cuna de América.—Revista de Ciencias, Artes y Letras. República de Santo Domingo. Año III. Nº 58. 1908.

Informe Anual presentado al Consejo Superior del Liceo de Heredia. 1908. San José de Costa Rica.

El Foro.—Revista mensual de Derecho, Legislación y Jurisprudencia. Tomo III. Nº 11. San José, Costa Rica. 1908.

Páginas Ilustradas.—Año V. Nos. 186 á 193. San José, Costa Rica. 1908.

MATERIAL PUBLICADO EN EL N.º ANTERIOR

RUDOLPH BAUMBACH.—*Los diablos en las praderas del cielo*.—*El árbol de oro*.

ROBERTO BRENES MESÉN.—*Cerca y distante*. (Poesía).—*El árbol poeta*. (Poesía.)

Crítica y Bibliografía.—(LAS FUERZAS EXTRAÑAS, de L. Lugones.)

LEOPOLDO LUGONES.—*Viola Acherontia*.

JUAN R. JIMÉNEZ.—*De los Jardines Lejanos*. (Dos romances.)

LEÓN TOLSTOY.—*La honrosa mayoría es agricultora*.

V. M. LONDOÑO.—*Es necesario trabajar y crear con alegría*.